



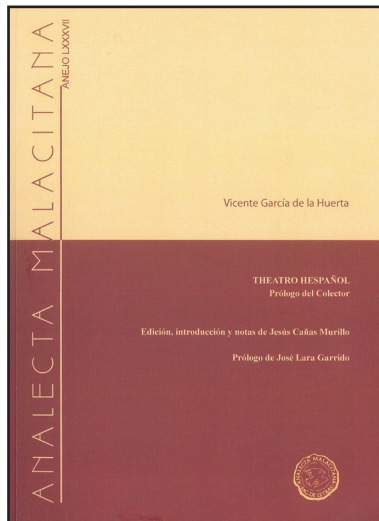
Cuadernos de Ilustración y Romanticismo

Revista Digital del Grupo de Estudios del Siglo XVIII

Universidad de Cádiz / ISSN: 2173-0687

nº 20 (2014)

Vicente GARCÍA DE LA HUERTA (2013), *Theatro Español. Prólogo del colector*, ed. intr. y notas de Jesús Cañas Murillo, pról. de José Lara Garrido, Málaga, Universidad de Málaga (*Analecta Malacitana*, Anejo LXXXVII), 307 pp.



Vicente García de la Huerta (Zafra, 1734 – Madrid, 1787) es uno de esos autores omnipresentes en las historias literarias —al menos, en las del siglo XVIII— como *escritor de un solo éxito*: la *Raquel*, tan nombrada y traída como, me temo, poco leída. Pero, por más que les pesara a Jovellanos, Fernández de Moratín, Tomás de Iriarte, Juan Pablo Forner, no se agotó ahí el correr de su pluma: es autor de poesía de diferentes géneros y formatos, y fundamentalmente de un buen puñado de páginas de erudición literaria y polémica que atañen a aspectos cruciales de la cultura española de finales del siglo XVIII. Descuella entre ellas la colección de *Theatro Español* de 1785, selección de obras dramáticas de los ingenios españoles antecedida por un contundente prólogo que se convertiría en uno de los primeros estudios monográficos sobre la naturaleza e historia del teatro español.

El rescate de este prólogo de García de la Huerta es el cometido del anejo LXXXVII de *Analecta Malacitana*. Empresa que da la salida a la recuperación de los trabajos de erudición de este autor y que se integra en el prolífico proyecto del Plan Nacional de I+D+i dirigido por José Lara Garrido, *La recepción y el canon de la literatura española del Siglo de Oro en los siglos XVIII, XIX y XX*. Al final de la introducción, Jesús Cañas cierra prometiendo nuevas entregas de la totalidad del *Theatro Español* y de las

obras eruditas y polémicas de Vicente García de la Huerta «en un futuro no muy lejano» (p. 139). Así sea.

El nuevo ejemplar de *Analecta* cuenta con un breve prólogo de Lara Garrido (pp. 11-12), que enmarca el volumen en el proyecto global; una nutrida introducción, perfectamente estructurada y significativamente muy útil, firmada por Cañas Murillo (pp. 15-168), profesor que está a cargo también de la edición y notas del original de García de la Huerta: la dedicatoria y prólogo del colector del *Theatro Hespañol* (pp. 169-300).

Jesús Cañas ha preparado un lúcido estudio de conjunto sobre Vicente García de la Huerta, perfectamente reconocible en su estructura: amplia biografía y bosquejo vital del autor (pp. 15-23) con la nómina completa de su producción literaria (pp. 23-43), en su caso muchas veces difícil de acotar de forma completa con los estudios generalistas sobre el autor o su época (obras poéticas, dramáticas, de erudición y polémicas); estudio sobre el contenido del *Theatro Hespañol* en general (selección de obras, distribución y autores recogidos, pp. 45-67) y de las ideas de su prólogo en particular (pp. 67-69), y un recorrido por los efectos que produjo su difusión y lectura entre los círculos intelectuales (pp. 71-136).

El *Theatro Hespañol* resulta, según las coordenadas trazadas por Jesús Cañas, al mismo tiempo una obra que nace con afán de trascendencia —la creación de un canon teatral destinado a perpetuarse y adecuarse— y con sentido circunstancial —la necesidad de este canon como vindicación de la cultura española en la segunda mitad del siglo XVIII—: de ahí el peculiar perfil que del teatro nacional esboza el autor en el prólogo.

La colección de García de la Huerta no nace espontáneamente. El formato de la antología como repositorio de obras dramáticas españolas tenía cierta tradición en España y fuera de ella desde el mismo momento de producción de las obras teatrales (como las colecciones de *partes* de comedias y otras colecciones monográficas del siglo XVII, pp. 45-46). Fueron precisamente aquellas colecciones forjadas desde el extranjero, primero en Francia y después desde Italia, las que encendieron el orgullo español a mediados del XVIII e impulsaron a autores como Blas Nasarre o Agustín Montiano y Luyando a escribir largamente sobre la producción dramática hispana salvando de la quema un buen número de obras e intentando demostrar en todo momento la buena salud de que gozaba —o al menos había gozado— la escena española. García de la Huerta será el siguiente peldaño de esta línea: el epíteto del título lleva una carga añadida de defensa de la cultura española; el objetivo es tan claro como se explicita en las intenciones del trabajo en las primeras páginas: «recopilar un corpus de comedias españolas de calidad» (p. 49). Viene marcada esta intención por el mantenido carácter dialógico de su prólogo cuando dirige esta colección a unos destinatarios muy concretos: los extranjeros o los enemigos de lo español, y cuando legitima su nacimiento con afán de superar las mediocres colecciones que venían de Francia o Italia. Así, las ideas sobre teatro esparcidas en el prólogo se construyen en buena parte como respuesta a los escritos anteriores y coetáneos que disertan sobre el valor del teatro patrio. Esa peculiar construcción que se deja ver en la estructura muestra el afán polémico con el que nace la obra. Con este punto de partida es lógico de una parte la compleja y sonada recepción de estos volúmenes, y de otra, la despreocupación que supuso para muchos lo que realmente era la colección en sí (autores y obras, legitimados a partir de unos criterios teórico-estéticos presuntamente defendidos en el prólogo y bases de la antología).

No debemos perder de vista esta *colección*. El volumen que se reseña es solo el pórtico a una obra ingente de recuperación de textos áureos en muchas ocasiones de muy difícil acceso, aun en nuestros días. El texto teórico de García de la Huerta pretendía refutarse con la demostración directa de sesenta y una obras teatrales distribuidas en dieciséis

tomos (los quince de la colección —catorce de comedias y uno de entremeses— más uno de obras de García de la Huerta) y cinco géneros (cuatro en la propia colección: comedias de figurón, de capa y espada, heroicas y entremeses, además de las tres tragedias del propio Vicente García de la Huerta) de diez autores diferentes (contando entre ellos al colector, y sin tener en cuenta los de los entremeses, no identificados en la obra). Se agradece que Jesús Cañas haya incluido en su presentación una clarificadora nómina completa de los volúmenes y las obras (pp. 56-63) y otros contenidos de cada tomo. Esos quince tomos, más uno complementario (el catálogo alfabético) y otro suplementario de obras de García de la Huerta no tienen realmente ninguna indicación de serie en la portada, más allá del título, lo que hace —como indica el editor— en ocasiones complicada la localización exacta y que ha llevado a errores continuados en los catálogos sobre la fecha y numeración de la colección completa (pp. 53-54). Los límites evidentes —por la extensión, claro— de esta edición solo permiten apuntar la relación directa entre estos autores y cada una de estas obras en concreto con el propósito general de la obra y los presupuestos teóricos de García de la Huerta. El colector afirma haber buscado con lupa entre los autores españoles hasta dar con estas obras que, si bien no exentas de algunas irregularidades —su celo classicista le impide encontrar ninguna obra redonda—, se convierten en el argumento empírico de su exposición. Aunque no estaría muy confiado en que pudieran establecerse una línea de continuidad sólida entre el prólogo y la naturaleza y calidad de las obras seleccionadas, esperamos nuevo trabajo que indaguen en esta relación y, si es posible, respondan a la pregunta de por qué fueron *estas* las obras recogidas por García de la Huerta.

Pero el hecho crucial que salvó a esta obra del olvido no fue su pretendida naturaleza para establecer un canon. O lo fue solo en cuanto a que esta motivó un debate mayor y sostenido: la polémica recepción del *Theatro Hespañol* sirvió de estimulante para los estudios teóricos sobre el teatro, el recorrido histórico por la dramática española, la vindicación de la cultura nacional y la puesta en valor de autores y obras prestigiados, o que deberían prestigiarse.

El profundo trabajo de introducción de la obra y sobre todo el minucioso aparato de citas rescatan el desarrollo y alcance de esta recepción, a mi juicio, el mayor valor de esta obra: no resultó ser tan importante *lo que dijo* sobre el teatro —que también— sino *qué ocurrió con aquello que dijo*, esto es, el diálogo que abrió y se perpetuó incluso después de su muerte, diálogo convertido en una amalgama de criterios, posturas y valores que iban de los argumentos que legitiman un canon literario a los rasgos medulares del teatro español y la recepción de la literatura patria más allá de las fronteras, y todo esto condimentado con una buena dosis de enfrentamientos personales que parecen sobrepasar el desacuerdo teórico. Aunque esperamos las prometidas nuevas entregas para trazar esta polémica escalonada fundamental para entender la suerte del canon teatral en los momentos de su configuración, el concienzudo trabajo de anotación supone toda una historia más allá de la obra en cuanto a su recepción, y la introducción (pp. 71-136) esclarece las polémicas culturales en las que participa el colector. La identificación y estudio de las polémicas anteriores y ajenas al *Theatro Hespañol* (pp. 71-102) nos pone en antecedentes del carácter polemista y de la prehistoria dialéctica entre él y sus coetáneos antes de 1785. Muy sintomáticamente el editor rotula «La lucha por el *Theatro Hespañol*, o todos contra García de la Huerta» para desgranar los mantenidos y duros embates que recibió esta colección. El primero de ellos, Félix María de Samaniego, tras el seudónimo de *Cosme Damián*, carga irónicamente contra García de la Huerta; este contestará rápidamente en una *Lección crítica* a los lectores de la obra de *Cosme Damián* que pasaría a formar parte del tomo séptimo de la colección del *Theatro Hespañol* (pp. 103-105). Solo este ejemplo

sirve para constatar la doble naturaleza de la colección como obra de referencia con ansias de trascender y su sesgo circunstancial. Los contenidos teóricos insertos en la colección forman parte de todo un proceso *in fieri* de construcción del canon y de presupuestos teóricos, a veces solo como marco de disputas de otro género. La intermitente presencia de la colección, con la publicación espaciada de cada tomo, el propio carácter de García de la Huerta y alguna que otra herida abierta antes de 1785 hicieron de la colección una obra de «constante actualidad dentro del mundillo cultural e intelectual del momento». A Samaniego se le unieron Joaquín Ezquerro, Cándido María Trigueros, Gaspar Melchor de Jovellanos, Leandro Fernández de Moratín y otros, que metieron baza a cuenta de la obra original, o de las respuestas a las respuestas de esta hasta forjar un curioso corpus de comunicación literaria que no siempre es fácil de poner en claro. Uno de los retos de este volumen consistía en mantener este carácter vivo de la obra a pesar de no ofrecer más que el punto de arranque. Como advertía, ese carácter dinámico y polémico no solo está perfilado en las páginas teóricas de la introducción, sino de manera cuidadosamente señalada y documentada en el aparato de anotación que acompaña al prólogo del *Theatro Español*, que lo inserta en una tradición y deja entrever los primeros pasos de su recepción.

En este sentido es fundamental el cotejo que ha realizado el editor de la obra de García de la Huerta contenida en el primer tomo de la colección y una segunda edición de este prólogo que publica suelta en 1786 espoleado por los escritos contra él: *La Escena Española defendida en el Prologo del Theatro Español de D. Vicente García de la Huerta, y en su Lección Crítica. Segunda impresion con Apostillas relativas á varios folletos posteriores*. Como revela su título, algunas de estas variantes y «apostillas» responden a los escritos intermedios (pp. 140-143). Con acostumbrada pulcritud, Jesús Cañas anota todas las variantes entre uno y otro prólogo también en cuanto a la puntuación, grafías y variantes léxicas, que se encuentran en otra órbita.

Estas últimas variantes aparecen porque en cuanto al texto editado, Jesús Cañas ha realizado una edición paleográfica: respeta grafías, puntuación y acentuación de las impresiones del siglo XVIII, solo con algunas correcciones en la puntuación que pudieran dificultar el acceso a la información contenida. Al lector no avezado estas costumbres pueden retrasarlo en un primer momento, pero de otro ofrecen la oportunidad de estudiar y comprender en un volumen actual los usos ortográficos propios del siglo XVIII, y también los que se convirtieron en rasgo particular de la escritura de Vicente García de la Huerta.

Hago más palabras con las que cierra su introducción Jesús Cañas Murillo, actualizando sus pretensiones en resultados: «poner al alcance del especialista, del investigador, del estudioso, del estudiante y del lector curioso una obra de gran interés histórico, literario y cultural, que nos ofrece una visión distinta de la creación literaria y erudita de su época, llena de noticias y datos sugerentes y, generalmente, poco conocidos, sobre la cultura, y el mundo que con ella se relaciona, del siglo XVIII europeo y español, y de los siglos anteriores» (p. 145), y confío en que este esfuerzo no quede aislado y se mantenga en la pronta aparición de estudios y ediciones de los textos que dialogaron con esta obra para reproducir, de forma especular, realmente el universo cultural del siglo XVIII en toda su complejidad.

Francisco CUEVAS CERVERA